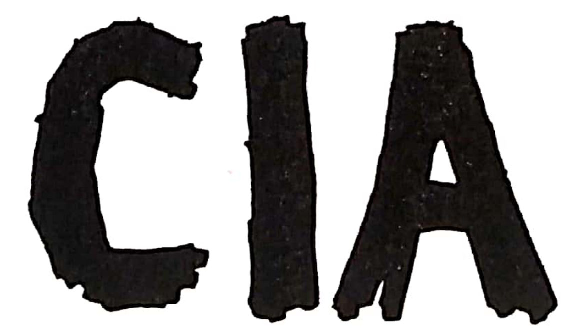
PRESEN



SE FUE EL LEGADO

Sí; se fué el Legado que envió el Papa Pío XII para presidir las grandes jornadas de homenaje a Jesucristo-Dios que tuvieron lugar en la Ciudad del Rosario. Se fué después de animar, con la fuerza de su bondad y de su palabra, las más numerosas y grandiosas congregaciones humanas que se hayan dado cita, para acto alguno, en nuestro país, desde los inolvidables días del Congreso Internacional de 1934.

Se fué el Legado después de rubricar con su augusta presencia que sólo ha de calificarse de cristiano un orden de relaciones humanas —también de las económicas y políticas— que pueda auténticamente prosternarse, en humilde adoración, delante del Dios hecho hombre. El Legado papal ha sabido, en todo momento, colocar las cosas en su justo punto y lo ha sabido expresar también en términos amables pero exactos.

Se fué el Legado, sí, pero entre nosotros ha quedado suficientemente en claro que una cosa es la concepción católica de la vida, en sus múltiples y complejas relaciones sociales, y otra, muy diferente la que se puede forjar con fines de propaganda.

Los católicos argentinos han sabido, en admirable unidad, transformar la Ciudad del Rosario en un templo para rendir a la Realeza de Jesucristo en la Divina Eucaristía un homenaje, religioso en su plenitud, sin que, en ningún momento, otras fuerzas u otras consideraciones pudieran irrumpir en ese sagrado recinto.

Cualesquiera sean los días que el porvenir pueda deparar a la Religión en nuestra patria, esta admirable unidad de los católicos y aquella ejemplar e inequívoca actitud del Legado papal son presagio feliz que sabrá adoptarse la conducta que ha de traer el triunfo cristiano.

PRESENCIA



SIMPLISMO Y ECONOMIA

El control policial no puede impedir que aumenten los precios cuando los salarios suben. Y si la fuerza pública se empeñara realmente en conseguir este propósito sin reparar en medios habría de sujetar todo el proceso económico a un esquema colectivista. ¿Pero entonces, argüirá el lector, no habrá modo de salir de las injusticias del capitalismo? ¿Será necesario resignarse a que familias, clases, sociedades y naciones enteras se vean reducidas a una condición de vida infrahumana mientras grupos privilegiados manejan ingentes sumas de dinero que se multiplican con velocidad fantástica?

Las injusticias del capitalismo y los remedios simplistas

Tememos que muchos de nuestros lectores sufran desagrado por nuestra afirmación categórica acerca de las injusticias del régimen económico denominado capitalismo. Y sin embargo ella no puede ser más verdadera. El Papa Pío XII lo acaba de denunciar una vez más en su última encíclica *Menti Nostrae* del 23.9.50, en un párrafo que reprodujimos en nuestra última entrega. Pero ¿en qué está el error y el mal del capitalismo? Adviértase bien que hablamos del capitalismo, en cuanto sistema que organiza la fuerza del capital para mover toda la vida económica. Sistema que, felizmente, no ha podido en ningún momento desarrollarse con toda su interna expansión porque otras fuerzas sociales, derivadas en última instancia de los cimientos cristianos sobre los que descansa nuestra actual sociedad, han neutralizado su incontenible poder de acumulación de riquezas.

Porque el capitalismo es un sistema económico social que estimula y alienta la producción de riquezas pero no estimula ni alienta su equitativa distribución entre todos los que toman parte en el proceso productivo. Lejos de tender a la difusión de los bienes materiales entre el mayor número, tiende a su concentración en pocas manos. Ello determina que el régimen

capitalista se caracterice por engendrar, al mismo tiempo y en virtud de un mismo y único proceso, la suma riqueza junto a la suma miseria. En el orden internacional, mientras en un centro mundial se acumulan ingentes fortunas, quedan en miseria los países coloniales y semicoloniales. Dentro del país capitalista, unos sectores se enriquecen rápidamente mientras otros permanecen empobrecidos. La rama de la finanza se enriquece más grande y rápidamente que la comercial, ésta más que la industrial y aún esta última mucho más que la del productor rural, que es la cenicienta de todo el proceso. Entre las diversas clases sociales, mientras los aportadores de capital o los empresarios que manejan los capitales se enriquecen rápida y fantásticamente, la multitud de empleados y de asalariados se mantiene en una posición estacionada que, si no siempre es de miseria, al menos no sigue el ritmo ascendente que se registra en aquéllos.

Así como el capitalismo demuestra eficacia en aumentar la productividad económica, no logra que este aumento se reparta proporcional y armónicamente entre todos los cooperadores del proceso económico. Para que la mayor productividad que sin lugar a dudas se obtiene en el régimen capitalista beneficiara proporcional y armónicamente a todos los que en él toman parte —empresarios, capitalistas y empleados-asalariados— sería necesario que a la mayor eficacia productiva correspondiera un aumento proporcional de salarios y sueldos, o, en caso de mantenerse éstos estacionados, una proporcional reducción de precios. Ahora bien, en líneas generales, y en virtud de la naturaleza del proceso capitalista, los precios tienden a nuevos aumentos por la incontenible gravitación de la acumulación financiera y los salarios tienden a la baja con el esfuerzo incesante de reducción de costos. Y si esta ley no siempre se cumple, es por la intervención de factores ajenos al proceso capitalista que humanizan las relaciones económicas.

El capitalismo es un temible mal que produce efectos desastrosos en la vida espiritual y cultural de los pueblos y aún en su vida económica. Si hubiera hecho presa de manera total en un pueblo lo hubiera degradado también totalmente. No participamos de la opinión de los que identifican la actual sociedad en que vivimos con la economía capitalista. No; esta sociedad no es capitalista sino cristiana en sus fundamentos, aunque éstos se vean cada vez más seriamente atacados por el morbo del capitalismo y, hoy, también por el morbo del colectivismo. Pero es un hecho real que la sociedad sufre gravemente de las injusticias del capitalismo. Sectores enormes de la población se ven en graves dificultades para llevar, de manera estable y con dignidad, la vida propia y la de la familia.

El problema que entonces se plantea es éste: ¿cómo poner remedio a esta situación? Y para usar palabras de Pío XII, ¿cómo "dar a innumerables familias, en su unidad natural, moral, jurídica, económica, un justo espacio vital que responda, aun de una manera modesta, pero al menos suficiente, a las exigencias de la dignidad humana"? (*Discurso* del 3.6.50). Intentar dar respuesta a esta simple pregunta, implica los más graves problemas de las ciencias de la economía, del derecho y de la política. Lo que importa señalar hoy, es que este problema —problema pavoroso y urgente— no se arregla con *remedios simplistas*. Quien no tiene conocimiento profundo del hombre y de las realidades humanas puede pensar que estos males se remedian con la fuerza del Estado. Bien, se piensa. Estamos ante una sociedad atacada del capitalismo, en la cual, mientras unos pocos disfrutan de muchos bienes, otros muchos no tienen lo necesario para vivir. Muy sencillo, dice el simplista. Aumentemos salarios y sueldos, decretemos vacaciones pagas, jubilaciones y aguinaldos, etc., y, de esta suerte, el excedente de riquezas de unos pocos se transferirá a los muchos para llenar sus necesidades. Pero, ¿qué sucede? Que, a poco andar, aumentan los precios de todos los bienes, con lo que se toman ilusorios todos aquellos justísimos beneficios. El simplista echará la culpa de esta nueva situación al incorregible egoísmo de los afortunados y los castigará con nuevos aumentos de salarios y sueldos mientras los amenaza con congelación de precios. Pero, al mismo tiempo que una carrera incontenible entre salarios y precios se realiza, otros trastornos se producen dentro del cuadro de la economía nacional. Porque la carrera de salarios y de precios desencadena un proceso inflatorio que favorece el enriquecimiento fácil de los que, disponiendo de dinero, pueden traficar con los bienes que aumentan de valor día a día en la medida en que la moneda se empobrece. La inflación es un maravilloso caldo, en el cual, por un extremo, los grupos capitalistas acrecientan su poderío y, por el otro, los grupos proletarios también se fortifican en la fuerza organizada de su clase; la clase media, en cambio, es aprisionada como en un emparedado y obligada a la extinción. Las dos lacras de nuestra sociedad, el capitalismo y el colectivismo, son alentadas, mientras los propietarios de carne y hueso, responsables, que están al frente de sus pequeñas y medianas empresas, son perseguidos como temibles malhechores. Por otra parte, el encarecimiento de la mano de obra determina aumentos en los productos de exportación, lo que imposibilita su competencia con los precios mundiales y ocasiona su desalojo de los mercados. Reducidos los artículos de exportación, se reducen también los de importación y se hace forzosa la reglamentación y fiscalización de cambios y de permisos de importación y la adopción de medidas burocráticas cada vez más minuciosas que traban y paralizan toda la vida económica. Aquellos remedios simplistas no sólo no han solucionado las injusticias del capitalismo sino que las han agravado, fortificando al mismo tiempo los dos temibles flagelos, el colectivismo y el estatismo.

Pero entonces, ¿qué? ¿Nada se podrá hacer para salir de las injusticias del capitalismo? Sí, algo se puede y se debe hacer. Pero lo importante es que esto que se haga sea realmente solución de aquellos males y que no nos introduzca en cambio en otros nuevos y peores.

Una advertencia de Pío XII

Porque como ha advertido Pío XII en su discurso del 3 de junio del corriente año, que hemos reproducido en nuestra entrega del 11.8.50, hoy el peligro que más inminente y gravemente acecha a los pueblos no es el capitalismo sino el colectivismo. Allí advierte que "la médula de la actual situación" no es, como hace un siglo o medio siglo, proseguir en una política social que "someta al propietario privado a obligaciones jurídicas en favor del obrero". El Santo Padre dice allí textualmente: "Quien quiera impulsar hacia adelante la política social en esta misma dirección choca, sin embargo, con un límite, es decir, allí donde surge el peligro de que la clase obrera siga a su vez los errores del capital, que consistían en substraer, principalmente en las grandes empresas, la disposición de los medios de producción a la responsabilidad personal del propietario —individuo o sociedad— para transferirla a una responsabilidad diluida en formas anónimas colectivas. Una mentalidad socialista se acomodaría fácilmente a una tal situación; sin embargo, ésta no dejaría de inquietar a quien conoce la importancia fundamental del derecho de propiedad para favorecer las iniciativas y fijar las responsabilidades en materia de economía".

El pensamiento del Papa es sumamente lúcido. Nos hallamos en un momento en que la política social parece haber cruzado los justos límites de su lucha contra las injusticias capitalistas para entrar en el camino temible del colectivismo. Y así como las sociedades anónimas, inhumanas e irresponsables, —esos "verdaderos monstruos" de que habla Georges Ripert en *Aspects juridiques du Capitalisme moderne*, pág. 85— devoraban en aras del capital los derechos humanos de las personas vivientes, hoy las grandes organizaciones sindicales, también inhumanas e irresponsables, amenazan igualmente fagocitarlos. Así lo denuncia expresamente Pío XII en el discurso al *Movimiento obrero cristiano de Bélgica* que pronunció el 11.9.49 y que nos ha parecido oportuno reproducir en el presente número. Dice allí: "Pueda en fin nuestra bendición ayudar a la clase laboriosa cristiana de Bélgica a salir sana y salva del peligro que.

POSICION DE

El comentario que el diario Arriba *de Madrid (7.7.50) dedica a la cuestión de Corea traduce la posición exacta de toda persona responsable. Si hubimos de lamentar que los Estados Unidos y los otros países occidentales no supieran comprender la conducta de España al enviar su División Azul a luchar contra el comunismo soviético, hoy, alejando todo resentimiento, nos he-*

Dice el señor Churchill, y es posible que no le falte razón, que si la empresa norteamericana emprendida valientemente en Corea fracasara, la guerra universal sería casi inevitable. El mapa entero del mundo es un manojo de nervios tan hipersensible, que un suceso militar muy alejado puede constituir, si es certero esta vez el juicio del respetable anciano conservador, nada menos que la mecha que prenda el general incendio. Algo más, nos parece, que una simple colisión o incidente militar debe de latir bajo el estruendo de Corea, cuando el señor Churchill decide lanzar a los cuatro vientos un augurio tan tenebroso. Si desde Yalta hasta nuestros días Winston Churchill ha tenido que someter a reflexivas correcciones los juicios que sustentó al frente del Gobierno británico, hay en la situación actual planteada en torno al paralelo 38 coreano algunos matices especiales que deseamos fijar como lección del pasado y, como siempre, con la vista puesta en el futuro.

Para el señor Churchill, idénticamente igual que para nosotros, la decisión de Norteamérica frente a esa irrupción comunista del paralelo 38 representa algo más que una aventura jactanciosa o el simple cumplimiento de una precaria alianza. Para él, las divisiones aéreas, navales y terrestres que a estas horas hacen frente al avance soviético representan la punta de vanguardia de la paz del mundo. El triunfo o la derrota de su empeño van, desde luego, mucho más allá de lo que supondría —con suponer mucho— la independencia de la Corea del Sur. Si Norteamérica juega con la sangre de su juventud esta peligrosa carta, algo más que el dudoso destino de una soberanía asiática debe de andar rondando en la cuestión. Es difícil creer que si la infeliz suerte de Polonia, por ni citar más que un ejemplo lejano, o el cataclismo chino, por referirnos a uno más inmediato, se escribieron por la U.R.S.S. sin pena ni gloria, sea, a estas alturas, Corea del Sur la que concite la decisión de Norteamérica y, lo que es más revelador, la solidaridad absoluta del señor Churchill.

Realmente, el paralelo 38 constituye en estas jornadas la línea ideal y la trinchera de la paz del mundo. Para nosotros, españoles, ese arco impalpable descrito sobre la península de Corea tiene una palpitación tan definitoria y ardiente como, hace nueve años, tuvo el trincherón helado y terrible de Wolchov. Al lado de uno y de otro se desplegó la civilización contra la barbarie, la libertad contra la esclavitud, el honor frente al crimen . . . Pocos reconocimientos a la gloria inmarchitable de nuestros lejanos muertos, como el heroico ademán de los soldados norteame-

en este mismo tiempo, amenaza, un poco en todas partes, al movimiento obrero. Queremos decir: la tentación de abusar (Nos, hablamos del abuso y no del uso legítimo), de abusar de la fuerza de la organización, tentación tan temible y peligrosa como la de abusar de la fuerza del capital privado. Esperar de un tal abuso el advenimiento de condiciones estables para el Estado y la sociedad sería, de una parte como de la otra, vana ilusión, para no decir ceguera y locura; ilusión y locura por otra parte doblemente fatales al bien y a la libertad del obrero, que se precipitaría, también él mismo, en la esclavitud".

El Santo Padre al rechazar aquí como solución para las injusticias sociales *la pura fuerza* de las organizaciones sindicales, como ha rechazado *la pura fuerza* de las sociedades capitalistas y como, en otras muchas ocasiones, ha rechazado la *pura fuerza* del Estado, está señalando como única base de solución el elemento *humanizador* que es el verdadero y único principio de solución, es a saber, el derecho. Por esto, en este mismo discurso a los obreros belgas, añade a continuación del párrafo arriba transcripto: "La fuerza de la organización, por poderosa que se la quiera suponer, no es ella misma y tomada en sí un elemento de orden; la historia reciente y actual suministra constantemente la prueba trágica: cualquiera que tenga ojos para ver se puede convencer de ello fácilmente. Hoy como ayer, en el futuro como en el pasado, una situación firme y sólida no puede edificarse sino sobre las bases echadas por la naturaleza —en realidad por el Creador— como fundamento de la sola verdadera estabilidad".

Y cosa digna de ser advertida por muchos que se admiran de que la Iglesia no utilice la fuerza de la demagogia. El 4 de setiembre del año pasado, Pío XII dirigió un mensaje radial a 500.000 católicos alemanes reunidos en Bochum. ¿Qué les dijo el Papa a esas multitudes de hombres, entre las que se contaban las enormes organizaciones sindicales de obreros alemanes? ¿Les habló acaso con el lenguaje de lisonja propio de demagogos? Les dijo entre otras cosas lo siguiente: "El programa social de la Iglesia reposa sobre tres fundamentos esenciales: la verdad, la justicia y la caridad. La Iglesia no puede, en ningún caso, alejarse lo más mínimo de estos fundamentos, aunque para ello debiese verse privada de las oportunidades de la propaganda del momento, o desilusionar las esperanzas del uno u otro bando. La Iglesia se ha colocado siempre del lado de aquellos que buscaban el derecho o de aquellos que merecían asistencia; nunca se ha levantado contra un grupo social o una clase. Siempre se ha puesto al servicio de todo un pueblo, de todos los ciudadanos".

¡El derecho! He aquí la palabra. Derecho de todos los grupos y clases sociales, derecho que no es creación del Estado, sino que, en definitiva, arranca de las disposiciones del Creador. Derecho que regula y sanciona no sólo lo que corresponde al trabajador sino también al propietario. Generalmente, los economistas y sociólogos pretenden encontrar algún procedimiento técnico que asegure el buen funcionamiento de las realidades económicas. Vana pretensión, sea que se busque del lado de los grupos productores de riqueza o del lado de las organizaciones sindicales: nada digamos cuando se recurre a la mecánica del Estado. Precisamente, hablando el Santo Padre el 25.9.49 al Congreso de los estudios humanistas y advirtiéndoles de los peligros de la tecnocracia y del materialismo, les decía: "¡La ley natural! he aquí el fundamento sobre el cual reposa la doctrina social de la Iglesia".

La gran desilusión de los simplistas

Los simplistas quieren arreglar el problema social echando mano de un procedimiento que imponga orden como por encanto. Quien, apelando a la ilimitada libertad del capital y de las fuerzas económicas; quien a la fuerza del Estado; los unos a las organizaciones sindicales, los otros a la reforma de la estructura de la empresa. En realidad no existe ningún procedimiento simple que pueda poner orden en la complejidad de las relaciones humanas: Ni la fuerza del capital, ni la fuerza de las organizaciones sindicales, ni la fuerza del Estado. Y sin embargo necesario es el capital, necesarias son las organizaciones sindicales, necesario es el Estado. Pero estos elementos han de integrarse bajo un orden superior que es el derecho. El derecho que de acuerdo a los dictados de la ley de las cosas asigna a cada uno lo que es suyo. Quien dice derecho, dice algo inmutable que establece armonía en lo mudable.

En la concepción católica, el ordenamiento social es una obra *común* que ha de brotar por la conjugación armónica de todas las fuerzas sociales moviéndose dentro de los límites del derecho. Fuerzas ordenadas de obreros y de empleados, fuerzas de patronos e industriales. En el discurso a los católicos alemanes congregados en Bochum (4.9.49) el Santo Padre no dejó de decirles: "La Iglesia, además, no deja de obrar eficazmente para que el aparente contraste entre el capital y el trabajo, entre el empresario y el obrero, se transforme en una unidad superior, o sea en aquella cooperación orgánica de las dos partes, que es querida por la misma naturaleza, y consiste en la colaboración de las dos partes, de acuerdo a la actividad y al sector económico, en la coordinación de las profesiones. Quiera Dios que no esté muy lejano el día en que puedan cesar de funcionar aquellas organizaciones de autodefensa, que han hecho necesarias las deficiencias del sistema económico hasta ahora vigente y sobre todo la falta de mentalidad cristiana".

En esta tarea también le cabe parte, y muy principal, al Estado. Pero una parte parcial y limitada. El problema del Estado no consiste en si debe intervenir o debe dejar de intervenir en el orden económico. El Estado no puede dejar de intervenir, aunque no quiera intervenir. Porque aún en el caso del más extremo liberalismo económico, la fuerza del Estado cae en poder de grupos económicos que la movilizan en provecho de sus intereses. La Banca de Inglaterra desempeñó este papel de dirección económica en los días de oro del liberalismo más puro.

Pero el problema de la inevitable intervención del Estado sólo tiene sentido cuando uno se pregunta, ¿con qué orientación se ha de cumplir la intervención estatal? ¿Ha de servir el Estado a los intereses del capital o al de las organizaciones sindicales o, en cambio, ha de proponerse como única meta servir a las exigencias del verdadero derecho? Porque el Estado, colocado por encima de las facciones, debe promover la justa solidaridad y armonía entre las múltiples y complejas fuerzas que componen la economía y la vida de un pueblo.

Cuando se reflexiona profundamente en estas cosas y se repara en la concatenación que tienen entre sí todas las fuerzas económicas y éstas, a su vez, con las fuerzas sociales y políticas, y éstas, por su parte, con todas las fuerzas morales y religiosas, se advierte también cuán profundas y verdaderas son las palabras que Pío XII dirigía a los patronos y obreros de la industria eléctrica italiana, el 25.1.46. "Ni la organización profesional, ni el sindicato, ni las comisiones mixtas, ni el contrato colectivo, ni el arbitraje, ni todas las prescripciones de la más atenta y avanzada legislación social llegarán a realizar una concordia plena y durable y a producir todos sus frutos, si una acción previsora y constante no interviene para comunicar un soplo de vida espiritual y moral a la constitución misma de las relaciones económicas".

El simplista, como el curandero que receta el yuyo o el talismán para curar las dolencias, quiere el remedio maravilloso que devuelva la salud al organismo social. Y este remedio no existe ni puede existir. Para la Iglesia, que posee el realismo que sólo se adquiere con la experiencia de los siglos, el ordenamiento social sólo puede obtenerse como resultado de una tarea paciente y lenta de todas las fuerzas económicas —obreras y patronales—, de las sociales y estatales y de las espirituales. Porque, en definitiva, hay desorden económico social porque hay desorden en el hombre; y sólo habrá orden, cuando el hombre, en todas sus dimensiones, se ordene.

Y a la luz de estas amplias perspectivas qué vacías aparecen las soluciones grandilocuentes de los simplistas, que no sólo han descubierto las recetas mágicas sino que, también, a veces, las patentan y sellan con el nombre cristiano.

PRESENCIA

RESPONSABLES

mos de alegrar de que emprendan la lucha decisiva contra la expansión comunista y les hemos de apoyar en esta empresa. Es oportuno señalar que Pío XII en alocución reciente, refiriéndose a la acusación hecha al Vaticano de que favorece a una cierta nación, contestó que "sin embargo esa nación trabaja por la paz, de lo cual ha dado pruebas" (Clarín, 3.11.50).

ricanos que ahora, por diferentes caminos de la geografía, siguen aquellos pasos españoles. Si el carácter de voluntariedad absoluta y multitudinaria no les diferenciara en cierto modo, estos soldados enviados por el presidente Truman se alzarían en el paisaje del anticomunismo universal como una nueva División Azul. No cabría para nosotros honrarlos con un mejor elogio.

¿Ha pensado el señor Churchill en la enorme paradoja que supondrá el hecho de que acaso a estas horas, en algún desolado campo siberiano, hombres españoles vean llegar como camaradas de idéntico infortunio a soldados norteamericanos prisioneros? ¿Dónde quedan las famosas alianzas? "Es un hecho —escribía el señor Churchill al Generalísimo Franco— que una división española fué enviada para prestar ayuda a nuestros enemigos contra nuestra aliada Rusia". Ahora vemos que, en realidad, aquella División, orgullo supremo de la victoria española sobre el comunismo internacional, era simplemente una valiente descubierta de la irresistible actitud del mundo frente a Moscú. Esto ocurría mucho antes del Pacto Atlántico y del discurso de Fulton...

"Le induciría a V. E. —escribía el "premier" británico— a serio error, si no desvaneciera en su ánimo la idea equivocada de que el Gobierno de su Majestad está dispuesto a considerar ninguna agrupación de potencias en Europa occidental, o en cualquier otro punto, basada en hostilidad a nuestros aliados rusos o en la supuesta necesidad de defensa contra ellos. La política del Gobierno de Su Majestad se funda firmemente en el tratado anglosoviético de 1942 y considera la permanencia de la colaboración anglorrusa dentro de la armazón de la futura organización mundial como esencial, no solamente a sus intereses, sino también a la futura paz y prosperidad de Europa en su conjunto".

Estos recuerdos tratan de elevar desde nuestra experiencia un argumento ejemplar escrito con sangre española. ¡Cuántas horas irremisiblemente perdidas para el mundo desde los días frenéticos junto al río Wolchov! De la fangosa peripecia de estos años, la verdad española de aquellos días brota con ojos límpidos y mirada resuelta. Nuestras palabras responden a una invariable sensibilidad política y a un deber cristiano, ajeno a todos los resentimientos. Y ajenos también, gracias a Dios, a la lejana batalla de Corea, nadie puede negar a la sangre española en estos momentos su valor de adelantada y la incontable estela de sus sacrificios. Antes, mucho antes, de que el paralelo 38 fuera la linde misma de la guerra entre las democracias y el comunismo.



UNA HISTORIA QUE PUEDE ACABAR DE OTRO MODO

El largo *impasse* sufrido por las negociaciones comerciales anglo-argentinas, y sobre todo la polémica de costado que llevan esporádicamente funcionarios de uno y otro gobierno, parecerían de mal agüero. No por temor a que no se alcanzara un acuerdo, sino por el contrario a que éste fuera desastroso para nosotros. En los últimos años hemos asistido a espectáculos similares. Las negociaciones siempre eran trabajosas. Nuestros voceros oficiales se quejaban durante su curso de las exigencias inglesas. Las decían inaceptables. Fijaban en términos perentorios las nuestras. Alguno, como Miranda, denunció en un discurso ante el senado todo el sistema de la explotación imperialista británica, en fórmulas dignas de publicistas revolucionarios, más que de funcionarios públicos. Lo que no le impidió luego firmar un convenio que según el Dr. Ares nos acarreó una pérdida de 300 millones de pesos. El propio Dr. Ares, pese a la experiencia que acababa de lamentar, no dejó de dar otro paso en falso como aquél, admitiendo en el último tratado fijar el precio de la carne en libras cuando ya se hablaba de la inminente desvalorización de la esterlina, mientras el precio del petróleo (que era la contraparte de nuestras exportaciones) quedaba librado a las fluctuaciones del mercado internacional, que realiza sus cotizaciones en dólares.

Este contraste es calificado ahora por el embajador argentino en Londres como un misterio impenetrable ("La Prensa", 24.X.50). El mismo interrogante que el Dr. Hogan planteó a los carniceros de la City, lo había planteado el diputado Frondizzi a los ministros del Poder Ejecutivo, en la discusión parlamentaria del actual convenio en trance de revisión. Si la respuesta explicativa hubiese sido satisfactoria en aquella ocasión nuestro embajador no tendría que abismarse en la contemplación de misteriosas desigualdades. Con todo, la que él denunció no pierde nada de su verdad por el hecho de haber sido consentida por su gobierno, que para ello dijo tener sus razones. Y según afirmó el Dr. Hogan, es muy cierto que "en junio de 1949, "cuando firmamos el convenio, 97 "libras eran equivalentes a 390 "dólares norteamericanos, mien- "tras que después de la desvalori- "zación de la libra, el equivalen- "te era sólo de 273 dólares". Así como también lo es que la última propuesta inglesa de 90 libras por tonelada larga significaría para nosotros una pérdida mayor, equivalente a "252 dólares", es decir "una "reducción de más o menos el cua- "renta por ciento en el poder ad- "quisitivo de la carne", mientras los abastecimientos ingleses de combustible han sufrido un aumento de otro cuarenta por ciento, con lo que la carne llegaría a exportarse poco menos que por nada.

Además de ese aspecto de las relaciones comerciales anglo-argentinas, el discurso del Dr. Hogan señaló muchos otros, que revelan lo infundado de las quejas inglesas, y lo fundado de las nuestras. Pero el orador se quedó corto. Porque la historia de esas relaciones, para no hablar sino sobre lo que va del año, es de lo más triste que se puede pedir. Hace meses que se comentan a uno y otro lado del Atlántico, sin que se haya hecho luz clara sobre las mismas. Por ejemplo de las relaciones financieras argentino-norteamericanas, se sabe que nosotros somos deudores y ellos acreedores, y porqué cantidad y las informaciones al respecto jamás varían en ningún lado. De las anglo-argentinas se dice, tanto aquí como allá, unas veces que somos deudores y otras que somos acreedores; que el convenio "se convirtió casi principalmente "en intercambio de carne por com- "bustible" (La Prensa, 2.VII.50), o que jamás exportamos a Inglaterra tanto cereal como este año (La Prensa, 8.VII.50); que en los primeros tres meses de 1950 exportamos a Inglaterra 466.000 toneladas de carne (La Prensa, 13.V.50), o que en el año de vigencia del convenio, exportamos 360.000 toneladas (La Nación, 18.VII.50). Versiones contradictorias de las que sin embargo resulta que llenamos las bodegas inglesas de carne, hasta el punto de que Londres declaró paladinamente tener así con nuestros envíos pasados una carta de triunfo para salirse con la suya en la rebaja que pedía para los envíos futuros, y que mientras la escasez de maíz encarecía la cría de aves y el precio de los huevos en nuestro país, nunca habíamos enviado tanto forraje a Inglaterra. Pese a lo cual, teníamos un déficit de libras.

Del saldo a nuestro favor acumulado durante la guerra y apenas en parte utilizado para sufragar la compra de los ferrocarriles (pagados principalmente con la exportación del año 1948), nadie habla, mientras es común tenernos por deudores de la plaza londinense. Por otra parte, los capitales ingleses aún invertidos en el país han quedado reducidos a unos 50 millones de libras, con beneficios promedios de un 6,7 %, o sea unos 3.350.000 de libras (La Prensa, 10.VII.49). Aunque los atrasos en las remesas de esos fondos (de que se habla tanto) sean de varios años ¿cómo puede la Argentina sufrir escasez de libras, si su saldo comercial de este año es de 40 millones de esterlinas, según lo confesó el agrio Mr. Joint, en su discurso del 12.X.50?

Por otra parte, las cifras tienen poca importancia en este pozo ciego que es el comercio anglo-argentino. Ni el precio del kilo de carne en libras esterlinas, ni las exportaciones de cereales y cualesquiera otras mercaderías, a cualquier precio, que enviemos a Inglaterra, tienen importancia. Lo que en realidad importa es que por todas nuestras riquezas, que son nuestra moneda de cambio para adquirir los elementos indispensables al desarrollo de la vida civilizada en nuestro país, que se compran a oro, no recibimos dólares que lo equivalen. Mientras sigamos cobrando libras inconvertibles, todos los juegos de papeles que envenenan el comercio internacional argentino desde hace diez años, seguirán aumentando nuestra crisis. Al punto que se podrá decir que nuestra ruina estará en proporción directa del aumento de nuestro comercio de exportación. Y pese a la agria polémica que en estos momentos se desarrolla entre Londres y Buenos Aires, temblaríamos ante la posibilidad de un acuerdo eventual entre los disputantes. Pues si él hubiera de alcanzarse sobre las antiguas bases, poco daría que el precio de la tonelada subiera de 90 ó 97 libras a 150 ó 200 libras. Dentro del *huis-clos* del comercio anglo-argentino en moneda feble, el resultado podría ser catastrófico con un precio aumentado como con un precio disminuído. La crisis económico-financiera argentina, como lo dijo el embajador Remorino, se debe en gran parte al sistema implantado en 1940, de representar el valor de la exportación de carne, con emisiones del Banco Central. Desde entonces la Argentina se desangra por abastecer a Inglaterra sin sacrificio para ésta. El Uruguay, que sigue un sistema semejante, no sufre tanto, porque vende más de la mitad de su cuota de exportación en el mercado libre, subvencionando con los dólares que él cobra, la exportación a Inglaterra, sin desmedro de su moneda.

Con todo hay una esperanza de cambio. Al otro día de anunciarse el cese de los embarques de carne a Inglaterra, el argentino medio

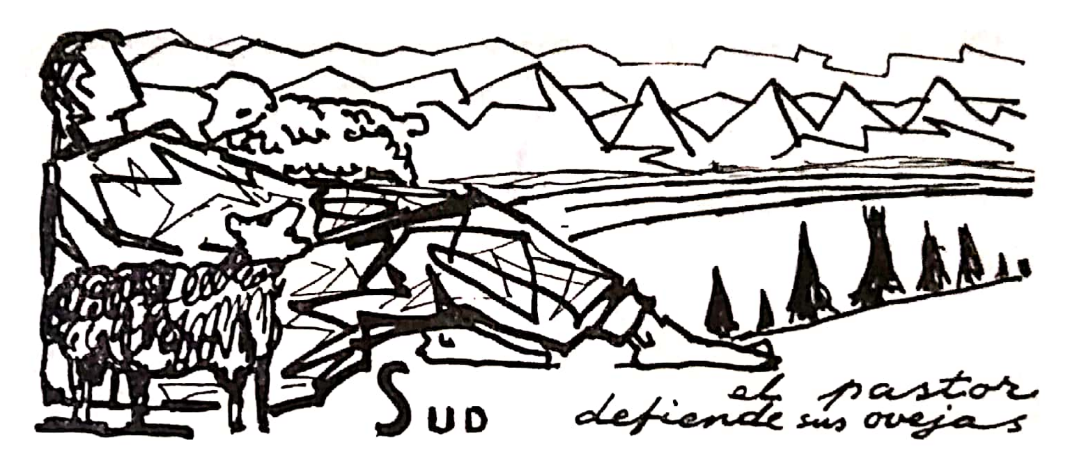


tembló por la pérdida de lo que llama el mercado inglés. Sin embargo, lejos de bajar, el precio de las haciendas subió. ¿Qué pasaba? Que los norteamericanos están comprando carne para sus ejércitos de ocupación en Europa, y este año, para sus cuerpos expedicionarios a Corea. Ahora bien, Norteamérica paga 27.55 céntimos de dólar por libra de carne (La Prensa, 10.VII. 49), o sea alrededor de $ 8 por kilo. Según la cotización de hoy en el mercado libre de cambios, ese precio representa más de 500 dólares por tonelada, o sea el doble del precio nominal que ofrecen los ingleses.

El argumento del argentino medio contra los que alentamos la esperanza de vender nuestra mejor riqueza a precio de oro, es que los Estados Unidos no pueden hacer contratos sino por pequeñas cantidades. Y tal vez tuvieran razón hasta hace poco. Pero ahora hay un nuevo factor en la situación. Norteamérica parece haberse hecho a la idea de que debe tener un ejército permanente, como todas las grandes naciones imperiales que en el mundo han sido. O sea que todos los años tendrá que convocar a una clase, la que con su población le dará un millón y medio de soldados. Ahora bien, la dieta adecuada para los jóvenes llamados bajo banderas, no puede ser la misma que la de los anualmente incorporados a la vida civil. La ración de carne les es indispensable. Por otra parte, con su producción de 10.000.000 de cabezas de ganado vacuno por año, que apenas alcanza para abastecer medianamente a su población, no puede hacer frente a las exigencias alimenticias del enorme ejército que en adelante le será necesario. Y en el mundo no quedan saldos de exportación como los de que disponemos nosotros. Todas las probabilidades en el inmediato futuro están porque con las 300 mil toneladas que constituyen el promedio de lo que podemos enviar fuera del continente, ganemos 150.000.000 de dólares en lugar de los 27.000.000 de libras inconvertibles que nos ofrecen los ingleses.

Y mayor que la ganancia en moneda negociable en cualquier parte sería habernos librado de la superstición del mercado único que no es tal, sino un tonel de las Danaides, en el que hace años arrojamos lo mejor de nuestras riquezas, sin beneficio apreciable para nosotros ni para el resto del mundo.

Julio Irazusta



LA ABSTRACCION Y EL HUMORISMO

Cuando leí "La Peste", de Albert Camus, me llamó la atención el significado humano que asignó a la palabra *abstracción*.

El avestruz, creyendo salvarse del peligro, esconde la cabeza para no verlo. Algo parecido les ocurrió al doctor Rieux y a los habitantes de Orán, por supuesto que en un orden intelectual.

Querían abstraerse, inadmitir, olvidarse del *affaire la Peste*. El miedo atroz de que fuera verdad los contenía. Con todo, *la Peste* existía, estaba y surgía por todas partes, como las ratas que salían de los subterráneos y venían a morir a la luz del día. ¡Vaya si había ratas, y todos lo sabían!

Las ratas eran el signo ineludible, inconcuso, de la existencia de *la Peste*, y ésta era el mal, la muerte, la esclavitud, el odio, la realidad, la vida, lo existente, lo absurdo; porque, ciertamente, para los intelectuales de la ciudad, aquello era un absurdo y, para los comunes ciudadanos, algo increíble y estúpido.

La abstracción es un elemento de la filosofía, únicamente propiedad humana. Todo consiste en abstraerse para dominar al ser y a todas las cosas, por algo *anima quodammodo fit omnia;* pero antes es el existente, que es y, porque es, existe, y son todos los subsistentes, de los cuales está lleno el mundo.

En nuestro caso, por ejemplo, *la Peste* estaba, era un *ens* y un *esse*. Para apoderarse de ella había que adecuarla a la inteligencia *—veritas sequitur esse—* y una vez en la abstracción, volverla a su posición real, posarla en tierra y decirle: existes.

Les repugnaba, sin duda, el doctor Rieux y a todos los que no eran doctores Rieux, besar a *la Peste;* sin embargo era necesario. La verdad es cruda, fuerte, justa y dictadora.

¡Ah! No la querrían ver, a pesar de que estaba allí, mostrándose todos los días y cada vez más claramente. Los cadáveres aumentaban como una montaña que se formara junto al mar. Con todo era inaceptable, insospechable, imposible. Pero quisieran o no, debían admitir su existencia. Se luchaba; unos lo hacían en semirruido, él calladamente: hablaba poco, rumiaba mucho. El callar es la expresión significativa de la abstracción, y el barullo populachero su sonido. Sin duda ocurrió un malentendido, y había un malentendido. En vez de apreciar las realidades tales como son, abstraían tanto que bajar de la atmósfera de un mundo aparte, extrahumano, existencial, inauténtico, era un suicidio. ¡He aquí un limbo, el limbo del absurdo!

—El hombre, su pensar y las cosas son un absurdo —se decía—. Claro está; en esa "estadía del infierno" el hombre abortó el fruto absurdamente.

Les fué inútil la abstracción al doctor Rieux y a los comunes habitantes de Orán; prácticamente admitieron *la Peste*. Resultaba inconcebible que no lo hicieran. Se luchó a fin de hacerla desaparecer y justificar así la posición intelectual e instintiva de la abstracción. Pero, entonces, ¿por qué esa inquietud? Por la duda, y se dudaba entre la inquietud y la confianza; por el miedo, otro microbio de la peste.

No se afirmaba ni se negaba nada, a pesar de la fuerza ontológica que clama por la aceptación incondicional. La veleidad y el miedo anulan el juicio, éste no dice nada y es la angustia.

Con todo, Rieux y los ciudadanos de Orán tenían esperanzas: "Esto no puede durar... es demasiado estúpido". ¿Qué clase de esperanza tenían? Este es el problema. Porque hay una auténtica esperanza, que espera, admitiendo, sin ir a contrapelo, un mundo real con toda la verdad, la falsedad, la bondad y la maldad, con una ausencia y una presencia. Y hay otra instintiva que se sostiene en una aceptación obligada y deshonrosa. Sí, hay que admitir, aceptar, aceptar sin remedio. La vida es así, hay que vivirla, es *la Peste;* lo cual es esperar sin esperar, que es la desesperación. Después de todo, es el cumplimiento imperioso de la abstracción. ¿No era mejor volver a la realidad, admitiendo el juicio, que estar en esa postura horrorosa, cruel, dura, monótona, extranjera? ¡Ah, el instinto humano!

La atmósfera estaba inficionada por *la Peste*. Se cerraron las puertas y fué el destierro, una isla en medio del mar.

Entonces todos se asociaron a esforzar la abstracción, la mandaron a los quintos infiernos (el limbo) y se desparramaron en una alegría general por salones, confiterías, cines, playas, cabarets, canchas, calles. Fué la evasión de la ciudad apestada. Sin embargo el microbio de *la Peste* les roía el alma. El juicio no se admitía o se admitía falsamente.

Aconteció, entonces, la entrada triunfal del *Humorismo*, cabalgando en un burro.

Dejémoslo andar por la ciudad, mientras averiguamos su procedencia. El *Humorismo* es semejante a la abstracción física de los humores telúricos, hecha por la natura humana en una especie de sublimación, porque esto también es propiedad del hombre. A Hipócrates se le ocurrió ya hablar de las enfermedades de los humores y Platón puso en la zona hepática una tercer alma. Sin duda no estuvo tan



desacertado; falso sí, no absurdo. Se le atribuye al humor prosapia inglesa, no la tiene. Hay humores típicamente diferenciados, según tipologías psicológicas, raciales, telúricas; más bien prima lo filosófico que lo literario. No es por cierto una filosofía abstracta en terminología seriamente técnica, y si es la expresión acabada de la abstracción en forma humana, y por aquí entra lo literario. Dice como quien no dice, obliga a pensar como si no obligara, deja en suspenso meditativo a pesar de su modo jocoso y superficial. Es una *négligée* vivencial, un equilibrio forzoso, un pronunciar o desechar o admitir algo indeseable. Es en el hombre tan subjetivo como la abstracción, tan predominantemente subjetivo que le hace el jueguito a la gramática y a la semántica, lo más inofensivo que puede hacer.

Del modo dicho entró el *Humorismo* en la ciudad. Todos los ciudadanos le salieron al encuentro. La evasión, la abstracción lo imponía: era el imprescindible, el salvador del mundo. Y fué la risa. No esa risa cómica, destemplada, abierta, espontánea, ingenua o estúpida, que había, sí, semejante a la del *pagliaccio*. Era una sonrisa o mueca irónica, sardónica, refrenada, alegre y triste, sensual, fría y pasional, siempre vaga, informe, imprecisa. Todos reían en Orán, pero cuando lo hacían mordían ferozmente.

Los carteles, la propaganda, los cines, la literatura, esencialmente vivían del *Humorismo*. Era lo notable.

Se sabe que la catarsis es esencial a la tragedia, pero si ocurre que le cambian el sentido resulta una doble tragedia, la tragedia de la catarsis, un gran mal, una hecatombe.

Esto les pasó al doctor Rieux y a los ciudadanos de Orán. Si bien el mal acabó, no acabó en él ni en nadie. Si habían disminuído los enfermos y no vieron una rata viva a la luz del día, no era lógico que se desechase el pensamiento de la existencia de *la Peste*. Todavía se paseaba el *Humorismo* por la ciudad, denotando la abstracción: y la abstracción testimoniaba *la Peste*.

Esta no acabó. En casa del doctor Rieux moría de la peste su amigo Tarrou. Había que ocultarlo, callar, imperiosamente. Lo hicieron cubriéndolo con una sábana, como queriendo ahogar su grito: *la Peste existe*. Una vez más triunfaba la abstracción.

No cabe duda. *La Peste* existe y es el existencialismo, el comunismo y todo este mal que, como las ratas, invade las ciudades. Y la tercera posición es, en este caso, la *abstracción*.

Doctores Rieux, ingenuos ciudadanos, *la Peste* existe, retoma fuerzas. Millones de ratas surgen y vienen a morir a la luz del día. ¿No serán ustedes un poco más que avestruces?

Si no quieren admitirla en un justo y necesario juicio existencial, permaneciendo aún en la abstracción, vestida de *Humorismo*, no importa. *La Peste* existe, esto es lo tremendo.

Para qué dárselas de guapos, cruzados de la paz, de la soberanía, de la libertad; es ridículo. ¿No ven que el miedo los obliga a no admitir la realidad, a escabullirse, discutiendo, sofisticando, tergiversando el *caso la Peste*?

Otra vez es la abstracción, y siempre es la abstracción, pero por suerte ésta será la última etapa.

No digo que besen a *la Peste*, sino que la admitan, para admitir el remedio que, por gracia de Dios, está en el mundo.

¡Claro, si pudiéramos echar *la Peste a otra parte!* Pero es imposible, todos estamos apestados.

Sin embargo hay una esperanza. El doctor Rieux decidió redactar la historia de *la Peste* existía, no cabe duda. La realidad, el pensamiento sano y el humorismo son en la actualidad la esperanza valiente del auténtico cruzado.

Pero éste es otro capítulo.

Simón Imperiale.

ACERCA DEL HISTORICISMO TEOLOGICO

En la última encíclica "Humani Generis", el Papa se refiere explícitamente al error de hacer depender *la verdad* de los dogmas cristianos de los acontecimientos de la vida humana. "Existe, dice, igualmente un falso historicismo que se atiene sólo a los acontecimientos de la vida humana, y tanto en el campo de la filosofía, como en el de los dogmas cristianos, destruye los fundamentos de toda verdad y ley absolutas".

Otras veces nos hemos ocupado ya del Historicismo, que hace de la verdad un valor relativo a un tiempo. Es ésta la enfermedad por excelencia de la mentalidad contemporánea. Según Dilthey, Spranger, Rickert, Cassirer, Scheler, Kelsen, Heidegger, y otros muchos, la verdad es un valor temporal, que no puede tener valor absoluto; formada en el seno de la comunidad histórico-cultural, tiene sólo un valor relativo a la cultura o a la época. La Justicia, por ejemplo, no tendría un valor absoluto, sino en la comunidad occidental, heredera de la cultura de Roma. La verdad es así un valor que nace y muere según el proceso étnico-cultural de los grupos humanos. El silogismo, sería un pecado de Aristóteles, sin valor absoluto para el hombre, y con vigencia sólo en una cultura de tipo helénico.

Es así como en un criterio informado por el Historicismo, desaparece prácticamente la verdad digna de tenerse en cuenta, absoluta y necesaria; desaparece la verdad indudable, que es el verdadero alimento para el espíritu humano. Quedamos en la sombra de un relativismo fluctuante, que no puede decir nada cierto ni en Metafísica, ni en Derecho, ni en Psicología. Este error es mucho más funesto y deplorable, cuando pasamos a la Teología.

En el campo de la Iglesia no existe el historicismo propiamente dicho. La formación escolástica, el sentido de la responsabilidad, amortiguan la influencia de semejante doctrina. Han aumentado las exigencias del trabajo científico, pero siempre la primera exigencia es la verdad. Sin embargo, ciertas modalidades psicológicas, que no dejan de influir en las concepciones científicas, hacen pensar en el historicismo.

Tenemos el caso concreto de los estudiosos de teología positiva, que arremeten contra la escolástica. No existe ninguna intención de llegar al relativismo historicista en la verdad, pero existe contagio, sugestión, por afinidad de trabajos y preocupaciones. Es una tentación permanente para la inteligencia contemporánea, escribe el P. Labourdette, elaborar todo un sistema de expresión intelectual, no sobre la conformidad con lo que es, sino ante todo y en definitiva según su relación con lo que su autor y su tiempo ha pensado[1].

Llegamos a tales extremos que la verdad impersonal y absoluta no interesa. Debemos contemplar el pensamiento, encorvado en la vida y preocupaciones del autor. Allí tomaremos en cuenta su penetración intelectual, sus contactos con otras culturas, la amplitud de su espíritu, la abundancia de su bibliografía, las influencias que deja traslucir. Todos estos elementos de "relleno", son los que dan carnet de científicas, a las investigaciones actuales. No negamos que sean importantes; pero el problema de la verdad queda al margen.

Es aquí donde mejor se aprecia toda la carga "emocional" que lleva la Teología Nueva; Bruno de Solages, Daniélou, Bouillard, De Lubac, sostienen sin duda la inmutabilidad de la verdad y del dogma; pero bajo la sugestión de adaptarse, hacer una teología para el tiempo, no dejan de referir a los cuadros históricos todas las adquisiciones de la inteligencia. La sugestión transformista obra en tal forma que hace ininteligible la inmutabilidad del dogma. Un ejemplo lo tenemos en una obra tan meritoria por muchos conceptos como *Conversion et Grâce chez S. Thomas D'Aquin*. Hagamos un examen.

"Cuando se comparan doctrinas de edades diferentes, dice, hay que observar que ellas no responden exactamente a los mismos problemas"[2]. ¿En qué sentido no es el mismo problema? El autor no lo dice, pero lo descubre el contexto. Los manuales, agrega, y aun los trabajos más eruditos, nos presentan la teología como una ciencia toda hecha, de nociones inmutables, problemas intemporales, y argumentos definitivos (pg. 211). En cambio un estudio histórico nos revela hasta qué punto la teología está ligada al tiempo, al devenir del espíritu humano. Aquél manifiesta lo que hay de contingente en ella: relatividad de nociones, evolución de problemas, oscurecimiento provisorio de ciertas verdades importantes (ib.). El P. Bouillard procura evitar el relativismo. A través de toda la evolución de nociones y problemas reconoce la presencia de algo invariable, en el presente caso lo invariable es que "por la gracia el hombre sale del pecado y hace el bien" (pg. 216); esta invariante, añade, se encuentra a través de todas las nociones y sistemas que evolucionan (ib.).

Afirma el mencionado autor, la presencia de la verdad divina, pero esta verdad no subsiste jamás en estado puro ... ella está siempre encuadrada en las nociones y esquemas contingentes que determinan su estructura racional"[3].

¿No es este relativismo de las nociones lo que está contemplado en la Humani Generis? "Porque según ellos —dice el documento— los misterios de la fe nunca se pueden significar con conceptos completamente verdaderos, mas sólo con conceptos aproximativos, y que continuamente cambian".

Poniendo las premisas de un relativismo conceptual, fácilmente llegamos al relativismo dogmático; si todo material *conceptual* está ligado al tiempo y al devenir del espíritu humano, la conversión del dogma depende también del tiempo y del espíritu humano. Así el dogma de la infalibilidad del Romano Pontífice no sería algo absolutamente exacto, sino exacto en este tiempo, en las presentes circunstancias históricas o culturales (el ejemplo es nuestro).

Como la lógica de estas premisas le inducen al relativismo, el P. Bouillard se apresura a salirle al paso. En el seno de la evolución dogmática, como hemos dicho, hay un absoluto. "No un absoluto de representación, sino un absoluto de afirmación"[4].

En las páginas subsiguientes hace denodados esfuerzos por salvar esta distinción, pero, a nuestro entender, sin resultado.

El P. Bouillard introduce una distinción que lejos de justificar la inmutabilidad del dogma, justifica por un lado, por parte del objeto, el agnosticismo teológico, y por parte del sujeto, un conceptualismo relativista, inadaptado para referirse al dogma. Expliquemos algo más. Si mi representación es necesariamente contingente, teniendo un valor relativo, formulo un juicio también relativo y contingente. Y como la verdad reside en el juicio, la verdad sería también relativa y contingente.

Pero esa verdad relativa coincide evidentemente con mi representación, y no con aquello otro que supongo pero que no conozco ni puedo conocer, el absoluto de afirmación. Luego por parte del objeto, tengo algo incognoscible, y por parte del sujeto, una conceptualización parcial, que no puede adaptarse a aquello que es desconocido. Tenemos pues conceptos relativos, al tiempo, a la cultura, que "evolucionan con el espíritu humano", pero que nada me dicen de aquel absoluto de afirmación, que me es, en definitiva, desconocido.

Decimos que la verdad es relativa y que coincide con la representación. La representación ya presupone una conformidad del entendimiento con la cosa; la representación es *de* la cosa o *del* objeto representado. Es del contenido

de la representación, o aprehensión intelectual, de donde saco los materiales para el juicio, donde está la verdad. El valor de verdad que puede tener el juicio, lo saca necesariamente de la aprehensión intelectual o representación. Por eso a representación relativa, sigue una verdad del mismo orden, relativa.

La verdad, sobre todo en teología, debe ser absoluta, no puede ser relativa, a no ser que el mismo objeto sea relativo.

Las afirmaciones absolutas, agrega, comprenden el dogma, lo explícito e implícito en la Escritura y Tradición, comprende también lo invariable y absoluto del espíritu humano, principios primeros, verdades adquiridas necesarias para pensar el alma[1]. Es esencial comprender, añade, que estas invariantes no subsisten al lado e independientemente de las concepciones contingentes. Se conciben y exponen necesariamente en ellas.

En definitiva, todo el contenido de la Escritura y Tradición, todo lo explícito e implícito en el depósito de la Revelación, son nociones, juicios, expresados en un lenguaje humano. Lo que tengo en definitiva son palabras humanas, fruto de una concepción contingente y relativa, que depende del tiempo, de las condiciones culturales, de la evolución de los sistemas, del humor de los teólogos. Así evito el "fixismo" en teología, la vuelvo actual, la hago salir de la cultura en vez de bajarla del cielo. Tengo un conceptualismo humano sobre motivos teológicos, pero no la ciencia de la Revelación. Si nunca puedo saber el valor real de las nociones que empleo, su valor apodíctico y necesario, no sabemos cómo se puede hablar del dogma sin desfigurarlo.

—Una última pregunta. ¿Es posible a la teología usar las categorías del pensamiento moderno?

Por pensamiento moderno, podemos entender el fenomenológico, o por lo menos el *a priori* kantiano. Si no nos equivocamos, esto es lo mismo que preguntar, si para expresar nuestros conocimientos acerca de Dios, los sacramentos, la encarnación, será posible usar de locuciones subjetivistas, aprioristicas: si serán posibles fórmulas dogmáticas historicistas o existencialistas.

Es un absurdo, y la "Humani Generis" rechaza de pleno tal posibilidad. En primer lugar un lenguaje subjetivista, no se refiere a nada objetivo y real. Un lenguaje subjetivista, locuciones sin referencia objetiva no pueden expresar nuestros conocimientos acerca de Dios o de los misterios revelados. No pueden porque no sirven; no sirven por la misma razón que son inútiles para la vida real del hombre. Al expresar fenómenos de conciencia, modalidades de la propia inmanencia, son sutilezas subjetivas que no logran trasponer las fronteras de lo subjetivo para abrirse paso al mundo real.

En las categorías del pensamiento moderno, el análisis fenomenológico de la idea de Dios, tiene tanto valor real como el del centauro. No hay referencia a nada real. Igual ocurre con el apriorismo kantiano. Por eso afirmamos y no nos cansaremos de repetirlo, que todo apriorismo es fatuo, inútil y estéril; sólo vale como forma intelectual de la pedantería moral.

El pensamiento moderno, sea hablando en historicista, en fenomenólogo, o en existencialista, es el yo hablándose a sí mismo, un monólogo que a nadie interesa, más que con un interés literario, pero sin importancia para la vida real. Tal pensamiento moderno, es tal solamente en las academias o en las cátedras; en la vida real hay que ser realista y objetivo. La Revelación está hecha para la vida real del hombre; por eso debe emplear un lenguaje realista.

En resumen. La verdad no depende del tiempo sino del objeto. No podemos admitir la mutación esencial de la verdad, como dependiente exclusivamente de circunstancias temporales. La encíclica pone en guardia contra los avances de una concepción radicalmente agnóstica y relativista, que destruye y anula, en todos los dominios científicos, el saber del hombre.

A. García Vieyra, O. P.

[1] Labourdette O. P., *Dialogue Théologique*, pág. 38.

[2] Henri Bouillard, Conversion et Grâce chez S. Thomas D'Aquin, 1944.

[3] La verité chrétienne ne subsiste jamais a l'etat pure ... etc.

[4] ib. pág. 220. Si las nociones, los métodos y los sistemas cambian con el tiempo —prosigue el texto— las afirmaciones que ellos contienen permanecen, aunque ellas se expresen en otras categorías.

Debemos ver justamente eso: si es posible la subsistencia de ese absoluto, no conociendo el hombre mas que con nociones relativas. El P. Bouillard en otro trabajo posterior (*Recherches de science religieuse*, Avril-Mai 1948), afirma que esas nociones relativas con que se expresa la verdad divina en los diversos sistemas son análogas. A eso responde el P. Garrigou-Lagrange: "olvida que las nociones verdaderamente análogas, no miran la misma realidad, sino realidades diferentes, semejantes según alguna proporción" cf. Angelicum (1948, pg. 287).

[5] ib. pág. 221. El P. J. Alonso, aduciendo la autoridad de los Padres griegos, se pregunta porqué (en la Trinidad) el efecto *ad extra* se reduce a una mera apropiación. Parece pensar que la Iglesia al definir la apropiación se olvidó de los Padres griegos. Cf. *Estudios Marianos*, 1946, p. 45.

DISCURSO DE SU SANTIDAD PIO XII SOBRE EL SINDICALISMO

El 11 de setiembre de 1949, Pio XII recibió en audiencia especial a 1.200 miembros del Movimiento obrero de Bélgica. Los conceptos expresados por el Papa en esa ocasión son de la mayor importancia y como, no obstante su actualidad, no se han hecho conocer entre nosotros, nos hacemos un deber de publicarlos para ilustración de nuestros lectores. Aquí el Papa insinúa ya lo que había de expresar en el discurso del 3 de junio del corriente año sobre la más actual gravedad del colectivismo en comparación a la del capitalismo. (N. de la R.).

Dijo el Papa:

Sed bienvenidos en la casa del Padre común de la cristiandad, queridos hijos, y queridas hijas, que representáis aquí a la gran familia de los trabajadores cristianos de Bélgica. Vosotros gustáis en este instante uno de los más dulces gozos de vuestra vida. Nos lo sabemos y vemos la prueba en vuestra diligencia en juntar, centavo por centavo, con qué costear los grandes gastos de vuestra peregrinación y —conmovedor testimonio de caridad fraterna— con qué hacer participar a los más necesitados el favor de esta visita a la Ciudad eterna.

Venís de un país que, por la amplitud y el poderío de sus empresas industriales, constituye la admiración de todos. Vosotros mismos, por vuestro "Movimiento obrero cristiano de Bélgica", constituís un ejército sólidamente formado, probado en luchas a veces tormentosas, compuesto de combatientes enrolados en el servicio de Jesucristo en el mundo del trabajo; un ejército, también, distribuido a la vez en formaciones múltiples bien diferenciadas, y fuertemente unificado por su voluntad resuelta, por su ambición ardiente de abrir el camino, en el campo del trabajo, en Bélgica, a la soberanía de Cristo.

Vuestro movimiento comporta una fuerte organización sindical que trata de salvaguardar en esta vasta esfera, los derechos del obrero y en mantenerlos al nivel de las exigencias modernas. Los sindicatos han surgido, como una consecuencia espontánea y necesaria, del capitalismo erigido en sistema económico. Como a tales, la Iglesia les ha dado su aprobación, con la condición sin embargo de que, apoyados sobre las leyes de Cristo como sobre su base inquebrantable, se esfuercen en promover el orden cristiano en el mundo obrero. Esto es lo que quiere vuestro sindicato: a este título Nos lo bendecimos.

La palabra de orden del Sindicato podría formularse con el adagio: "Ayúdate que el cielo te ayudará". Es éste el de vuestra Federación nacional de las cooperativas cristianas. Fruto magnífico del árbol de la doctrina social de la Iglesia. ¡Qué contribución han aportado estas Cooperativas al mejoramiento y a la seguridad de la situación económica del trabajador y de su familia! He aquí, ciertamente, una obra de auténtica solidaridad, que responde a la palabra del Apóstol: "Llevad los unos las cargas de los otros". (*Gal.* VI, 2). ¡También a ella Nos la bendecimos!

Tenéis en vuestros programas y en vuestros cuadros una organización especial para ayuda de las víctimas de la enfermedad, aprovechando su capacidad y voluntad de trabajo, con la utilización y cultivo juicioso de las fuerzas físicas, con frecuencia bien reducidas, de las que todavía disfrutan. Obra excelente de verdadera caridad y de verdadero ardor cristiano que, de todo corazón, Nos bendecimos.

Además de estas organizaciones, que tienden directamente a la defensa y salvaguardia de los intereses materiales, tenéis también vuestras instituciones y uniones indispensables para asegurar a la clase obrera el lugar que le corresponde en la sociedad. El obrero, ser viviente, persona humana, tiene otras necesidades de orden superior y, de no satisfacerlas, las mejoras de orden material, al fin de cuentas, serían vanas. ¡He aquí porqué Nos alabamos altamente vuestros esfuerzos destinados a desarrollar la vida espiritual del obrero y Nos las bendecimos.

Fuente de estas obras tan dignas de elogios es vuestra noble ambición de ejercer el apostolado, pero un apostolado sabiamente concebido, seriamente preparado y organizado, cuyo objetivo es la conquista de las almas y de las sociedades para el reino de Cristo. ¡El obrero, apóstol de los obreros! ¡Espléndido ideal, eminentemente vital! ¡Con qué amor Nos bendecimos vuestras obras de celo! Nos les deseamos que aumenten su reclutamiento, que encuentren más cooperadores y coperadoras. Pero Nos deseamos sobre todo que éstos, llenos del espíritu y del amor de Cristo hasta desbordar en ellos, esparzan a su alrededor la buena nueva sobre toda la extensión del inmenso campo de trabajo para traer al divino Pastor de las almas las ovejas que se habían extraviado lejos de él, para ganarle muchas otras que, hasta el presente, no le conocían.

Pueda de modo particular nuestra Bendición hacer siempre más efectivo, siempre más perfecto vuestro Movimiento. ¿El nombre mismo no invita expresamente a ello? Un movimiento no es una simple construcción, una organización puramente estática, por ingeniosa y gigantesca que fuere. Movimiento dice vida. La vida, es decir la capacidad de adaptarse día a día a todos los deberes, a todas las actividades que vienen a sugerir el tiempo, el lugar, las circunstancias más diversas. Vida que, brotando de las profundidades, se derrama fresca y abundante, por la iniciativa sin cesar despierta de cada individuo y de cada grupo. Estad de ello persuadidos: es esto precisamente, es esta fuente interior que constituye vuestra verdadera fuerza, más que el número de vuestros adherentes.

Pueda, además, Nuestra Bendición obteneros —siempre se sobreentiende en unión estrecha con vuestros obispos "establecidos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios" (*Act.* XX, 28)— el permanecer inquebrantablemente miembros, y miembros abnegados, in-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz. San Juan 3875. Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$ 1.—
Número atrasado	„ 2.—
Colección del año 1949	„ 30.—
Colección encuadernada del año 1949	„ 40.—
Suscripción anual	„ 24.—

signes, de esta Iglesia, y el impregnar, con la levadura de la fe y de la acción cristianas, toda la vida privada y pública. Vuestra conducta debe ser una resonante respuesta a las calumnias de los adversarios, que acusan a la Iglesia de inhabir celosamente a los laicos, sin permitirles ninguna actividad personal, sin asignarles una tarea propia en su dominio. Tal no es ni ha sido nunca su actitud. No hablamos aquí del crecimiento interior de la fe y de la vida sobrenatural, en la pureza del corazon, en el amor de Dios y en la semejanza divina, que opera la gracia en el secreto de las almas. En esto, es demasiado claro, cada uno cualquiera que sea y cualquiera sea su condición, sacerdote o laico, desde el más humilde hasta el más altamente colocado goza, sin distinción, de los mismos derechos y de los mismos privilegios. Pero, echad una mirada a la historia, ya más que secular de vuestra Bélgica moderna: si habeis podido alcanzar resultados tan hermosos, mejorar, consolidar las posiciones católicas, para el mayor bien de vuestra querida patria, ¿no es, en buena parte por el papel activo desempeñado por los laicos católicos? Se podría decir lo mismo de otros muchos Estados. ¿No es tan ridículo como odioso acusar al clero de tener a los laicos en una humillante inacción? Que se trate de las cuestiones familiares, escolares, sociales; que se trate de ciencia o de arte, de literatura o de prensa, de radio o de cine; que se trate de campañas políticas para la elección de los cuerpos legislativos o para la determinación de sus poderes y de sus atribuciones constitucionales, en todas partes los laicos católicos encuentran delante de ellos abierto un vasto y fértil campo de acción.

Pueda en fin nuestra Bendición ayudar a la clase laboriosa cristiana de Bélgica a salir sana y salva del peligro que, en este mismo tiempo, amenaza, un poco en todas partes, al movimiento obrero. Nos queremos decir: la tentación de abusar (Nos hablamos del abuso, y de ningún modo del uso legítimo) de abusar de la fuerza de organización, tentación tan temible y peligrosa como la de abusar de la fuerza del capital privado. Esperar de un tal abuso el advenimiento de condiciones estables para el Estado y la sociedad seria, de una y otra parte, vana ilusión, para no decir ceguera y locura; ilusión y locura por otra parte doblemente fatales al bien y a la libertad del obrero, que se precipitaría también él mismo en la esclavitud.

La fuerza de la organización, por poderosa que se la quiera suponer, no es tomada en sí misma, un elemento de orden; la historia reciente y actual proporciona de ello la prueba trágica: cualquiera que tenga ojos para ver se puede convencer de ello fácilmente. Hoy como ayer, en el futuro como en el pasado, una firme y sólida situación no puede edificarse sino sobre las bases echadas por la naturaleza —en realidad por el Creador— como fundamentos de la sola verdadera estabilidad.

He aquí porqué Nos no nos cansamos de recomendar con instancia la elaboración de un estatuto de derecho público de la vida económica, de toda la vida social en general, según la organización profesional. He aquí porqué Nos no nos cansamos tampoco de recomendar la difusión progresiva de la propiedad privada, de las medianas y pequeñas empresas.

El sentido de las realidades, que es uno de los rasgos distintivos del carácter belga, el sentimiento cristiano profundamente anclado en el corazón de vuestro pueblo, queridos Hijos y queridas Hijas, alejarán de vosotros, Nos tenemos de ello la firme confianza, un tan grave peligro si alguna vez debía tentar el apoderarse de vosotros. No, vosotros sois de aquellos que edifican con el Señor la casa y la ciudad (*Ps.* CXXVI), en vista del bien común, con justicia y caridad para con todos, en el espíritu y según la ley de Jesucristo.

Es con este pensamiento alentador que Nos os damos a todos vosotros aquí presentes y al Movimiento obrero cristiano de Bélgica, con una paternal benevolencia y en la efusión de Nuestro corazón, Nuestra Bendición apostólica.

IES Y PUNTOS

LO QUE UNE Y LO QUE SEPARA

Acerca de la unidad de "las Américas" demasiada gente dice todos los días demasiadas pavadas, en definitiva reducibles a una sola: la identificación en la fe democrática. Los que la pregonan con fines ocultos y concretos, lo mismo que los repetidores a lo loro del lugar común de la "hermandad" no nos explican si un negro de Harlem; un piamontés santafesino; un indio del Altiplano, un inglés de Vermont, un alemán de Cincinnati y un estanciero salteño piensan de la misma manera acerca del culto de la multiforme pero exigente deidad que llamamos Democracia. Sospechamos que no han de tener los mismos conceptos filosóficos ni el mismo criterio político y aún que la disparidad interamericana alcanza a las posibilidades económicas en continentes geográficamente tan diferentes como son los del Norte y del Sur.

Pero hay algo en que nadie hace hincapié, que constituye efectivamente un lazo que acollara, quieras que no, a la América Anglosajona y a la América Española. Ese "trâit d'union" es apropiadamente —como no podía dejar de serlo en las Indias de Castilla— un indeleble cuño español en todo lo pertinente a la ganadería. Pues por más que el *"Columbus Day"* pretenda olvidar a los Pinzón y sus andaluces del Condado; por más que el sectarismo protestante quiera echar lodo francmasónico sobre los "rapaces, crueles y fanáticos" Conquistadores; por más que la religión, la industria y las idiosincrasias nacionales aparten a una América de la otra, nuestros lejanos y a menudo enemigos vecinos no se sacarán jamás el sello andaluz y castellano cuando críen vacas en un establecimiento que lo mismo en Alberta que en las Malvinas llamarán forzosamente con la voz española y marinera de "rancho"; cuando se encasqueten un "sombrero" aludo y cuando *"lasso"* o *"lariat"* (la reata) en mano se dirijan al "corral" a jinetear a la española o a herrar terneros a la española; a parar "rodeo" a la española; a vivir, en fin, en el campo reproduciendo hábitos campesinos que vienen del fondo de la historia; por lo menos desde los tiempos de aquella caballería ibérica que Aníbal llevó a triunfar en Cannas.

La similitud de vida, costumbres, formas sociales y lenguaje sin duda diseñan una semejanza cultural. En eso pensaba viendo una vieja película, "Río Rojo", que además certificaba mi creencia de que las únicas vistas norteamericanas soportables son las de *gangsters* y las de *cow-boys;* sobre todo estas últimas porque nadie como los de Hollyood puede reproducir el ambiente de lo que aquí decimos "estancia" y en otras zonas "hato", "fundo", "hacienda" o "ranch".

Es verdad que el chancro judío que corroe a los yanquis (y terminará con ellos antes de tiempo como sigan así las cosas) apunta su lubricidad innecesariamente; y no es menos cierto que en el film los caballos y los novillos que realizan una larguísima marcha de trescientas leguas la terminan tan gordos como cuando empezaron. Pero hay notas acertadas como una escena de alaridos que envidiaría un correntino y por lo demás no pretendemos hacer crítica cinematográfica.

Mas al par de las semejanzas la cinta muestra las diferencias entre ambos continentes americanos. El argumento gira en derredor de un arreo de diez mil cabezas por larguísimo trecho de campo abierto, a mediados del siglo pasado. Y los protagonistas son del tipo de nuestros "gauchos malos" legendarios, que si bien usan revólver en vez de facón, tampoco tienen empacho en sembrar de cadáveres su huella de jinetes. Sólo que al final la diosa Fortuna los recompensa con una corona de dólares conseguida tras muchos tiros *from the hip;* el despojo de su tierra a un mejicano y tesón y valentía para sacar adelante su empresa.

Pero el optimista Juan Martín Moreyra Fierro de los norteamericanos (al menos en esta vista) triunfa materialmente, se enriquece y no se queja de la lucha por la vida, aunque ésta sea cruel y dura. No hay lamentos ni resentimientos; no hay igualitarismo que odie al que sabe jugar mejor o tiene más suerte; no hay vencidos rencorosos ni Sardettis prepotentes, sino al contrario. Claro es que aquí tuvimos también el mismo tipo humano en la pampa porteña y más allá del Arroyo del Medio; también aquí otros gauchos hicieron exactamente lo mismo y todos vivimos, aunque no nos guste, de la obra material y del ejemplo de voluntad que dejaron. ¿Pero quién se atreve a glorificar al estanciero rico; al mayordomo eficaz; al campesino que trabaja, pelea y triunfa sin tocar la guitarra ni agaucharse con el chinerío? Para el suramericano, lo patético, lo que lo conmueve, es el peón desgraciado o vencido; no el afortunado que consigue dominar a la naturaleza y a los hombres. Hay una pesimista complacencia en el fracaso, que desde el punto de mira nacional, no augura nada bueno. Ponemos el acento en otro lado y seguiremos por la senda izquierdista mascullando improperios con rasguido de bordonas contra aquellos que a partir de las siete vacas y el toro de Gaete fueron maestros en la más antigua y más esencial de las industrias.

Criterios tan opuestos para juzgar un mismo tipo de hombre en análogo ambiente revelan que cualesquiera fuesen las teorías democráticas igualitarias no fueron éstas, sino la admisión del privilegio de los mejor dotados, lo que forjó la potencia de los Estados Unidos. Tal vez allí no impere ya el respeto al *"survival of the fittest"*; quizás también el socialismo tienda a nivelar por lo bajo; que no en vano los sindicatos manejan millones de votos. Y nuestra oportunidad estará no en imitarlos en un proceso de decadencia sino en salvar conservándolas las normas de conducta que a ellos y a nosotros nos valieron en el pasado; en aquel pasado ganadero e hispánico del que reniegan los que aspiran a descastarse.

HERNANDO SUÁREZ SANABRIA.

SUMARIO

BUENOS AIRES, 10 DE NOVIEMBRE DE 1950, AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN.